

Elías y los Profetas



Si ya has leído el artículo titulado, “Elías y la Viuda”, entonces ya habrás notado el paralelismo entre este profeta de Yahweh y Juan el Bautista, que vino a preparar al pueblo para la llegada de Cristo. He tratado de demostrar que este espíritu debe ser el nuestro también, mientras nos preparamos para el encuentro de nuestro Redentor, y mientras preparamos a otros para lo mismo.

Ambos, Elías y Juan el Bautista, lucharon contra dudas similares. El primero, cuando el hijo de la viuda que estaba bajo su cuidado murió. Y el segundo, cuando fue lanzado en una prisión por Herodes. En ambos casos, una audiencia con Dios (la oración de Elías y un mensaje enviado de parte de Juan a Cristo) sirvieron para fortalecerlos para las tribulaciones presentes. Juan el Bautista encaró a su captor y fue honrado con la muerte de un mártir. Elías fue a encarar al rey y condenó las prácticas idólatras del monarca frente su cara real, y para ambos estas pruebas fueron vitales en proveerles la fuerza necesaria para obtener la victoria.

Tenemos cargas similares que soportar con respecto a la apostasía profana, que se ve ahora en los rangos de aquellos que una vez fueron honrados por Yah, para portar Su mensaje de salvación al mundo porque pronto seremos llamados a encarar las autoridades injustas de la tierra y a responder por nuestra fe. Es de hecho una grande responsabilidad y serán tiempos peligrosos, como si estuviésemos ante Herodes o Acab, porque éstos “reyes de la tierra” se han beneficiado realmente de la infidelidad de la mujer caída, y seguramente su ira sera tan furiosa contra nosotros, como cuando Elías fue llamado, “el perturbador de Israel” (1 Reyes 18:17), a quien se le envió soldados para seguirle y atacarle, o como cuando el Bautista fue ejecutado por el rey de su época.

Mas no nos permitamos desalentarnos porque tenemos ante nosotros dos muy buenos ejemplos de cómo Yahweh preservará a Su pueblo aún ante las más difíciles circunstancias. La muerte de Juan fue una verdadera tragedia pero su vida eterna le fue asegurada. Elías fue protegido por más tiempo, ya que aún tenía trabajo que hacer para el Señor. De hecho, una de las grandes pruebas que enfrento el profeta tuvo que ver con la realidad de los “pocos” contra los “muchos” y es un paralelismo perfecto con lo que vemos desarrollarse ante nosotros ahora en estos tiempos de desolación.

Ahora, como he mencionado en mi artículo previo sobre Elías, la reina de Acab, Jezabel, llevó la nación a la idolatría y así trató de destruir a todos los mensajeros del Dios verdadero. El gobernador del Rey, Abdías, era un hombre que conocía al Padre y tomó a cien de los profetas y los ocultó en un lugar seguro de los gobernantes malignos. Ser un verdadero seguidor de Yah en esos tiempos era un crimen capital.

La sequía que Yahweh permitió a través de la oración de Su servidor seguía en efecto y por esa razón Acab tomó a su sirviente Abdías, y salieron al campo a buscar agua y comida para el ganado. Mientras esto sucedía, Yahweh le dijo a Elías que su descanso había terminado y que debía presentarse de nuevo ante el rey. Fue Abdías quien encontró al profeta, y le tomó a Elías un tiempo convencer al temeroso gobernador de que el rey no reclamaría su vida por anunciar el regreso del vagabundo.

Finalmente, aunque Elías convenció a Abdías de que el se presentaría ante el rey para asegurar que el gobernado no fuera acusado de llevar un reporte falso. “Entonces Abdías fue a encontrarse con Acab, y le dio el aviso; y Acab vino a encontrarse con Elías.” (1 Reyes 18:16). En respuesta a la acusación del rey, de que Elías había traído mal a la tierra (refiriéndose a la horrible sequía) el profeta respondió, “Yo no he turbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, dejando los mandamientos de Yahweh y siguiendo a los baales (dioses falsos).”

¿No era esto verdad? Yahweh no podía dejar al pueblo bajo el liderazgo de una casa idólatra. Los israelitas debían ser un ejemplo a las naciones que les rodeaban y esta afrenta a Su santa autoridad era una fuerza vasta para el mal. Sin Su pueblo elegido que revelase Su misericordia, Su amoroso carácter y Su celo por la falta de pureza espiritual... entonces ¿cómo alguien podría entender la verdad del amor y del pecado? ¿Cómo podría ser algún humano salvo del juicio y de la muerte?

De haber permanecido los errores del rey sin castigo, los ciudadanos no habrían tenido ningún concepto de la justicia que existe en el perfecto Reino. Este no era un acto malo o cruel por parte del Padre sino un decreto doloroso y necesario. Y aún así, en cualquier momento, Acab pudo haberse evitado a sí mismo y a su pueblo la muerte incesaria por la sequía, si se hubiera apartado de su pecado por el bien de sus súbditos. Su necia persistencia en no poner al Señor en primer lugar fue la principal razón del sufrimiento de toda la nación.

Ante el poderoso y orgulloso monarca, el vagabundo ordenó, “Envía, pues, ahora y congégame a todo Israel en el monte Carmelo, y los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y los cuatrocientos profetas de Asera, que comen de la mesa de Jezabel.” La siguiente línea dice, “Entonces Acab convocó a todos los hijos de Israel, y reunió a los profetas en el monte Carmelo.” (1 Reyes 18:19,20) Elías no protestó, e incluso no dudó siquiera. Así debemos ser cuando seamos llamados a contestar el llamado de la misión que nuestro Padre nos ha dado.

Elías pidió simple y llanamente agua y comida de la viuda que moría de hambre, en un esfuerzo por sacarle algo de la fe preciosa. El le había asegurado a Abdías que su vida no sería tomada por llevar a cabo su petición de audiencia con el rey. Y ahora, ante el rey mismo, Elías convocó una reunión de todo el pueblo con toda la autoridad Celestial. Aún ese gobernante malvado e idólatra se apresuró a hacer su voluntad porque no tenía poder, aún en su posición caída, para resistir la voluntad del Todopoderoso. Así fue con Cristo cuando llamó a Sus discípulos. Ellos vieron al Ungido, la majestad de todo el Cielo, en Su carne humana y no dudaron en acceder.

Y así será con nosotros también, cuando seamos llevados a la última batalla ante los reyes de la tierra. Ningún temor, ni ninguna duda oscurecerán nuestros espíritus. Cuando los inocentes sean echados a prisiones, cuando los fieles sean perseguidos por aferrarse a sus creencias, en la seguridad de que ningún sufrimiento terrenal se comparara a las cosas celestiales que le esperan. Cuando vemos esto, debemos estar de pie y ser contados. Debemos tener la valentía de Elías, y todos los poderes de la tierra estarán indefensos ante la autoridad de Yahweh representada en nosotros, Sus sirvientes. Debemos ir más adelante y prepararnos a nosotros mismos, y a otros para la venida de nuestro Señor.

Ante la asamblea de ciudadanos y ante los profetas de Baal, Elías subió la voz y dijo, “Si Yahweh es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra” (1 Reyes 18:21). Ello era evidencia de los tratos justos de Yahweh con el pueblo de Israel. Ellos habían caído presa del corrupto ejemplo dado por su gobernante, tanto que no podían ni siquiera hablar para defender el nombre de Aquel que con Su gracia los había escogido y sacado de la esclavitud en Egipto, con tantas muestras de amor y poder. La sequía fue un paso necesario para llevar a la nación errante y de voluntad débil al gran día de la decisión.

El pueblo escogido **necesitaba** aprender reverencia hacia su verdadero Líder, o de otra manera sus almas estarían en peligro, y al igual que los destinos eternos de cada nación, a quienes se les había encargado y a quienes deberían servirle como ejemplo. Así como la nación de Israel eran “los pocos” y sus enemigos “los muchos”, así Elías dirigió los ojos del pueblo hacia los profetas de Baal diciendo, “Sólo yo he quedado profeta de Yahweh; mas de los profetas de Baal hay cuatrocientos cincuenta hombres.” (1 Reyes 18:22) Así será también en los últimos días, con sólo unos cuantos pocos que permanecerán fieles a la Ley del Altísimo tanto en letra como en espíritu. Serán desdeñados o menospreciados por su número porque la sabiduría de los hombres dirá, ¿Cómo puede tan pequeña compañía serle fiel a Yahweh? ¿Cómo pueden unos pocos conocer la voluntad del Padre cuando todas las grandes mentes de la tierra no lo conocen?

Mas la justicia que viene por la fe es un regalo, un don. No depende de ninguno de los méritos del ser humano. No puede ser ganada por sabiduría o por riquezas. En Cristo, todos somos iguales. Los ricos no tienen ventaja y tampoco los pobres. Tampoco los genios y aquellos de intelecto menos impresionante son capaces de concebir la misericordia del amor del Padre. “¿Cómo pueden ser unos pocos un ejemplo para el mundo?”, dirán los científicos, los políticos y los teólogos. Pero tenemos la certeza de Yahshuá mismo porque El dijo, “Estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.” (Mateo 7:14)

¿Y cómo podremos nosotros ser aquellos que siguen al Dios verdadero? A esto también contestó Cristo en el versículo 16, donde dice, “Por sus frutos los conoceréis.” Una vida en victoria sobre el pecado y sobre sí mismo, una vida de confianza en la rectitud y la fortaleza de Yahweh caracterizará a estos pocos escogidos. Ellos han muerto a sí mismos, al yo, pero aun así viven, como Pablo lo declaró en su epístola a los Gálatas.

Elías se levantó ante la nación de Israel. Ante un pueblo llamado a ser santo, él se levantó solo, como un sirviente fiel y él lo *sabía*. Estamos llamados a ser modestos y humildes, si – esto es esencial en nuestra relación con nuestro Santo Padre pero el orgullo disfrazado de espíritu modesto es una enfermedad rezumante que nos carcome desde adentro. Aún aquellos que son puros de corazón y limpios de conciencia no estarán atemorizados de declarar la alegría y el gozo de su liberación de sus pecados pasados a aquellos sedientos de entendimiento y de victoria. No hablamos con jactancia arrogante sino con humildad verdadera, con lengua honesta... y con una firme e inamovible confianza en la promesa: “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.” (Juan 8:36)

El profeta de Yah propuso una prueba. Que fuesen escogidos dos animales para sacrificio. Que cada facción preparase la ofrenda y la colocara sobre el altar pero que no

se encendiese fuego. Si Baal era en verdad el Señor, entonces que aceptara el becerro por su propio poder, y si Yah era verdaderamente el Señor, entonces que El mismo consumiese el animal. Y el pueblo dijo, “Bien dicho.” Los israelitas estuvieron de acuerdo con la prueba. Estaban en pecado, seguramente, pero estaban dispuestos a aceptar la evidencia del poder de Yah. ¡Qué bendición tan infinita de que no habían llegado tan lejos en su idolatría como para endurecerse contra Su amor!

Los profetas fueron primero y tomando su sacrificio lo prepararon, lo colocaron sobre el altar y comenzaron a orar a su deidad demoníaca. ¿Pudieron los ángeles caídos encender fuego sobre el animal en el altar? Oh, sí. Los seres que atestiguaron la creación del mundo y todas sus fuerzas son más que capaces de manipular la naturaleza para sus propios fines. Pero en este caso fueron detenidos por Uno mucho mayor en poder que ellos. Desde la mañana hasta el mediodía, los profetas de Baal dieron a conocer sus peticiones pero los demonios a quienes se inclinaban estaban atados.

“Oh Baal, escúchanos” clamaban, e incluso saltaban sobre el altar como si el salto fuera necesario para encender los troncos de madera que estaban debajo de la ofrenda sacrificada. Más no hubo respuesta. Al mediodía, después de muchas horas de espera, Elías comenzó a hacer mofa de los sacerdotes paganos. “Quizás esté hablando, o de viaje”, dijo, “tal vez duerme y hay que despertarlo”. En verdad, la adoración a ídolos no es cosa de risa pero aún en esa hora oscura, el humor encontró un uso y una función. La gente necesitaba ver cuán absurdo era adorar a un dios falso. ¡Qué contrastante era esta escena con la majestuosidad que se presentó delante de ellos en el desierto como un pilar de nubes de día y como una columna de fuego por la noche! Cuan diferente era el poderoso y amoroso Dios de Israel frente a la entidad a la cual estos sacerdotes favorecían con sus cantos y saltos de adoración.

Y una escena más desagradable siguió. Sí, los sacerdotes sabían bien el significado del verdadero sacrificio. El animal sacrificado apuntaba hacia la época en la que Cristo sería clavado en la cruz. Por SU sangre sería redimido el hombre, no es en los holocaustos u ofrendas en los que se complace el Señor, dice David en su Salmo 51, sino en un espíritu quebrantado y en un corazón contrito. Incluso Satánas ha buscado torcer las bendiciones que Yahweh nos ha dado en una maldición. Los sacerdotes comenzaron a cortarse ellos mismos con cuchillos, así perdiendo su propia sangre para tratar de agradar a su dios profano con sus propios méritos.

¡Qué ceguera! ¡Qué locura! Y aún vemos el mismo craso espíritu manifestarse en aquellos que claman servir al Dios viviente, ya sea en la observancia espuria de un día que nunca fue declarado santo por Yahweh, o en los esfuerzos propios por proteger el nombre de una Iglesia por medio del poder humano; todo esto es evidencia clara de que un espíritu que no es el de Yahweh está motivando esas acciones. Las obras del hombre NUNCA serían agradables al Padre. Sólo el **carácter** y las obras que resultan de un espíritu renovado importan, solo sobre estas sonreirá Cristo – porque son hechas con una motivación pura, no dependiente del yo sino en El que se entregó a sí mismo por nosotros. Porque con ningún esfuerzo propio, ya sea de derramamiento de lágrimas, de sudor o de sangre, podremos “hacerle un favor a Dios”.

Sólo Dios puede vindicar Su nombre. Solo El es el esposo y el protector de Su Novia “¿No hay Dios en Israel, que tú envías a consultar a Baal-zebub dios de Ecrón? Por tanto, del lecho en que estás no te levantarás; **de cierto morirás.**” (2 Reyes 1:6)

¡Infortunio para aquellos que ya están enfermos, que empeoran en su enfermedad espiritual al alejarse más y más del Todopoderoso, Yahweh, al ir en busca de una cura! Que todos los que están en error se acerquen a Dios, “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.” (Hebreos 4:16).

Aquellos que hagan esto no serán ignorados. Pero ciego es el guía que no sale de su curso idólatra cuando se encara con la opción que Elías le dio al pueblo de Israel en aquel día. “Si Yahweh es Dios, seguidlo; pero si es Baal es Dios (el mundo/las cortes civiles/ el amor al dinero/ el sexo ilícito/ las tradiciones de los hombres) seguidlo entonces. Pero sea lo que hagáis... escoja y decide.. La sangre de estos hombres perversos no hizo nada para prender la madera debajo del sacrificio, y los esfuerzos de los líderes corruptos de hoy que tratan de asegurarse el favor de Dios no les permitirá hacer nada más que lo que le paso a los sacerdotes idolatras.

Al alargarse el día y al acercarse el tiempo apropiado para el sacrificio nocturno, Elías llamó al pueblo con una voz tierna y paciente, “Acercaos a mí”. Y la gente se acercó a él. Y arregló el altar del Señor que estaba arruinado. (1 Reyes 18:30). Qué escena tan conmovedora y triste: el solitario altar de la única Fuente de salvación estaba en mal estado. Por medio de las peticiones y advertencias de los profetas perseguidos, se le pidió al pueblo reconocer al Altísimo por su propio bien, mas fueron descarriados y se necesitó de una sequía devastadora y de una exhibición ruda de poder para captar su atención.

Yahweh ya había hecho mucho por la nación errante y aun así exigían una señal de El para su lealtad y con infinita piedad y amorosa condescendencia el Padre consintió en encontrarse con ellos allí donde estaban. No despreciemos o menospreciemos al falible Israel por su dureza de corazón e incredulidad. ¡No cometamos el error de creernos mejores que ellos! Haga una caminata por cualquier calle durante estos días tenebrosos y usted puede estar seguro de que alguna evidencia de pecado aceptado se filtrará por sus sentidos. La gente exigió una muestra y Yahweh, sabiendo que no había otra manera que esta, les dio lo que pidieron.

Sobre el renovado altar, reparado con doce piedras – una por cada tribu de Israel: “Acordaos de las maravillas que El ha hecho. De Sus prodigios y de los juicios de Su boca. Oh vosotros, descendencia de Abraham Su siervo. **Hijos de Jacob, Sus escogidos.**” (Salmos 105:5,6). Sobre este altar colocó el sacrificio. Y para mostrar que no había ningún truco involucrado, de que NINGÚN HOMBRE encendería el fuego del favor de Yahweh, Elías le indicó al pueblo que llenasen cuatro barriles con agua y los derramasen sobre el holocausto y sobre la madera debajo el altar. El becerro y aquello sobre lo cual yacía estaba totalmente empapados y el agua corría del altar, y llenas estaban las zanjas que Elías había excavado allí.

Habiendo llegado el tiempo del sacrificio nocturno, el profeta oró esta simple petición, sin con saltos, ni con exaltación de espíritu sino con un perfecto amor y confianza, “Respóndeme, Yahweh, respóndeme, para que este pueblo conozca que tú, Oh Yahweh, eres el Dios y que Tú vuelves el corazón de ellos.” (1 Reyes 18:37) ¡Qué fe tan impresionante! No que el Señor **debería** volver los corazones del pueblo sino que “El volviera” el corazón de Su pueblo nuevamente hacia El. En confianza infalible, Elías

clamó la victoria para Yahweh y continuó en fe sin tener aún señal de que sus palabras habían sido aceptadas por el Señor.

Pero entonces... en respuesta a la oración de este hombre justo, “cayó fuego de Yahweh y consumió el holocausto, la leña, las **pedras** y el **polvo, y aun evaporo el agua que estaba en la zanja.**” (Verso 38) ¿Puede algo vencer a los propósitos del Dios viviente? Podemos ser una parte de la obra bendecida, o podemos apartarnos del camino, pero Sus propósitos NO serán estropeados. Ninguna barrera de piedra puede soportar Su gloria, ni el polvo puede oscurecer Su verdad... ningún agua pueden apagar el fuego que vive dentro de nosotros, Sus siervos.

Cuando la gente vio este milagro se postraron sobre sus rostros y dijeron, “Yah, Eloi; Yah, Eloi”. “Yahweh es Dios; Yahweh es Dios”, confesaron. Curiosamente estaban diciendo el nombre mismo de Eli-Yah (Elias) pero con las sílabas al revés. Entonces Elías les dijo, “Prended a los profetas de Baal para que no escape ninguno. Y ellos los prendieron; y los llevó Elías al arroyo de Cisón, y allí los degolló.” (1 Reyes 18:40)

Tan peligrosa es la idolatría, tan desastroso es amar algo más que a los principios de la justicia que un ejemplo muy severo tuvo que darse al pueblo con los sacerdotes de Baal. ¿Y cuantos más sufrirían y se perderían por la eternidad si su influencia corruptora le hubiera permitido permanecer dentro de los límites del Pueblo Elegido? ¡Oh, la extensión de lo que tuvo que hacerse entristeció a nuestro amoroso Padre! Qué gran lloro llena las cortes celestiales cuando una decisión tan atroz debe ser tomada por el bien de muchos... Cuanto habríamos necesitado al Redentor para salvarnos de nosotros mismos.

Y fue por el bien de muchos porque el hechizo bajo el cual Jezabel tenía cautivos a los israelitas fue roto por un tiempo, “Entonces Elías dijo a Acab: Sube, come y bebe; porque una lluvia grande se oye.” (1 Reyes 18:41) De nuevo, el profeta miró con confianza el fin de la atroz sequía. Siete veces fue enviado el rey a escudriñar los cielos en busca de evidencia del cumplimiento de la profecía, y la séptima vez vio una diminuta nube blanca.

Mas esta pequeña mota de evidencia fue un símbolo de grandes bendiciones por venir. La misericordia más pequeña es a veces un portal a las mayores bendiciones del Cielo. Aunque la nube era pequeña, Elías le dijo al errante rey, “Unce tu carro y desciende, para que la lluvia no te ataje.” El rey, humillado por el momento, atendió las palabras del profeta y salió rumbo a casa.

Acab hizo bien porque poco tiempo después “los cielos se oscurecieron con nubes y viento, y hubo una gran lluvia.” (1 Reyes 18:25) Esta lloviendo ahora mi hermano y hermana. Las bendiciones del Padre están siendo derramadas sobre nosotros en este mismo momento como fue prometido por el profeta Joel en el capítulo 2 y en el verso 28 de su libro. Quitemos nuestra confianza de los falsos dioses de este mundo, como si las obras de los hombres pudiesen agradar al Padre y que nuestras obras reflejen nuestra fe, la fe que vence al mundo y nos perfecciona en la imagen de AQUEL que fue crucificado.

“Vuelvan sus espadas en rejas de arado” nos pide el profeta (es decir, para propósitos pacíficos). Dejad que Yahweh defienda Su propio nombre. No utilizéis el poder del mundo para defender el poder del Cielo. Hacerlo es tan idolatra como adorar a un becerro de oro. Confíad SÓLO en los méritos de Cristo Yáhshua, “Y todo aquel que invocare el nombre de Yahweh será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Yahweh, y entre el remanente al cual El habrá llamado.” (Joel 2:32)

David.